

Este artículo reflexiona sobre la palabra deuda. Vinculada en su origen a la gratitud por la vida, su sentido fue desvirtuado. Ligado primero a la culpa y luego a la usura, su última encarnación es la deuda externa, a cuya sofisticada forma de violencia deben enfrentarse países y continentes enteros.

LA DEUDA

La palabra ha sufrido una travesía de siglos. Llega a lo hondo su sentido primigenio: nos toca a cada uno agradecer en amor, en abrigo a quienes van llegando, en ternura hacia quienes se van yendo, la vida que un día nos dieron.

La deuda de gratitud se cuenta entre las más maravillosas creaciones de esta atribulada especie nuestra. Sobre ella se edificaron relaciones en cuyo seno crecieron los niños y se fueron despidiendo los ancianos.

Devolver el siempre presente milagro de la vida, cuidar vida, abrigar vida, respetar vida, sobre todo cuando ella se despliega desde la fragilidad del comienzo y cuando se va apagando en la fragilidad de la despedida.

Vinieron luego inflexiones de esa palabra, de más en más terribles. Primero, la deuda anclada en la culpa, emponzoñada por ella. No es que nadie sea culpable, como pretenden algunos alegres compadres finiseculares, pero nada más terrible que enseñar a pagar deuda con culpa. Ya no hay gratitud, ya no hay ese agradecimiento por la vida. Todo se oscurece, un peso le cae al alma.

Los primeros mercaderes, mercaron con la culpa a generaciones enteras, la pusieron al centro de la vida, como si ésta fuera sólo un destello efímero en medio de océanos de sombras empecinadas en cerrar el paso a cualquier alegría, aleteo, primavera.

Nada más injusto que pagar vida con culpa, nada más terrible.

Segundo, el cambio de acreedor. No la deuda con la vida, sino la deuda con alguien, con otro ser humano. Tal vez comenzó de a poco: estas monedas, estos esfuerzos, estas energías tuyas. Y luego se apropió de todo: esta vida tuya, y la de tus hijos, y la de los hijos de tus hijos. Sobre esa deuda se encaramaron sociedades enteras, hasta hoy.

Los segundos mercaderes, mercaron con el esfuerzo ajeno, plagando vidas de deudas imposibles de pagar. El tributo rendido a la esclavitud es apenas el lado más visible de esa férrea cadena. Deuda para siempre, más allá de la muerte, porque otros la heredarán. Tonterías eso repetido por los libros escolares: la abolición de la esclavitud en el siglo pasado...

Tercero, la ponzoña de la usura. Te presto diez, me devolverás mil, mil veces mil. Los griegos no tuvieron una deidad tan baja, y eso que supieron de otras, como la envidia y la ira. Tampoco se la concibió de este lado del mundo, ni aztecas ni mayas fueron capaces de imaginar monstruo semejante.

Siglos atrás, la imagen del avaro aparecía ligada a la usura: un ser despreciable, encerrado a media luz, contando sus lúgubres monedas. La usura andaba agazapada, trabajaba desde las sombras, era el lado vergonzoso de cualquier sociedad.

Hasta que salió a la luz y se enseñoreó por la tierra entera. La deuda con la usura nos ha cercado a todos. Bueno, a las mayorías de la sociedad, porque “todos” es una palabra demasiado vasta; hay quienes han escapado de esas garras, por cómplices de ellas o por usureros.

Sociedades cercadas, países cercados.

La última encarnación de la usura, se llama hoy deuda externa. Le corresponde, exacta, la vieja imagen de la muerte con su guadaña a ras del suelo, dedicada, insensible, a arrancarlo todo de raíz.

Por continentes, por países enteros, cimbra la guadaña de la usura arrancando trabajos y vidas.

La primera deuda, la primigenia, consistía en honrar la vida.

La última deuda, la más infame, consiste en destruir vida.

Hemos pasado de honrar la vida a honrar la deuda, la usura, la violencia y la muerte.

(La palabra honra es demasiado hermosa como para dejarla caer tan bajo; honra merecen niños, padres, ancianos, no la usura, no los usureros.)

Año para los usureros, este primero del milenio, como tantos otros en las pobres tierras nuestras. Allá van sus ejércitos, con toda la saña del universo; no cuentan los seres humanos para estos demonios, cuentan las cifras; no interesa la vida, sólo si los números cuadran, mientras sociedades enteras se descuadran, se deshacen, se desmoronan pisoteadas por estos juntacadáveres.

En estas fiestas, del primer terrible año del milenio, deseamos con toda el alma un regreso a la honra de la deuda primigenia, una superación para siempre de la deuda perversa que ninguno de nosotros contrajo, porque no nos contamos entre la plaga de los cómplices.

Frente a la deuda con la usura, alzamos la deuda de gratitud con la vida.

Daniel Prieto Castillo
2001